

Adiación

Reproduciendo la discriminación de género

Mercedes Charles C.

Resulta paradójico que la discriminación de género sea fomentada y reproducida en México por muchísimas mujeres. Por ello, es particularmente importante que las que de alguna manera estamos involucradas en la socialización de las niñas y niños, en el hogar como madres o abuelas, y en la escuela como maestras, seamos conscientes de ello, permitiéndonos reflexionar y establecer distancia de nuestras prácticas cotidianas.

Un estudio del UNICEF denominado *Uso del tiempo por parte de las niñas y los niños de 7 a 14 años de edad y su relación con las discriminaciones por razones de género* muestra con claridad la complicidad de las mujeres adultas en la realización de prácticas discriminatorias que afectan a sus propias hijas. Este informe, resultado de una investigación realizada en ocho países de América Latina y el Caribe, demuestra que la discriminación de

género se origina en la actitud que tenemos los adultos -hombres y mujeres- al encomendar a niños y niñas actividades diferenciadas, a las que se les adjudica una diversa valoración social.

Así, por ejemplo, se encontró que las madres hacen que sus hijas cumplan, siempre como obligación, un oficio o una tarea cualquiera; mientras que a los niños se les solicita hacer lo mismo como un favor o una colaboración para el buen funcionamiento del hogar. Cuántas veces reproducimos lo anterior, así, naturalmente y sin pensarlo, incluso con nuestros maridos y compañeros. Ellos nos ayudan en lo que nosotras consideramos una obligación doméstica y nosotras les agradecemos mucho.

Con respecto al uso del espacio doméstico, el estudio encontró que el hombre lo visualiza como un espacio de ocio y de descanso. Pero para la mujer, especialmente la madre, es un lugar asociado a la realización de tareas

domésticas y cuidado de los hijos. Incluso, las mujeres reproducimos este esquema con nuestras hijas al pedirles, desde pequeñas, que compartan estas funciones con nosotras. En cambio, a nuestros hijos los dejamos realizar más actividades fuera de la casa y les damos pocas responsabilidades en el hogar.

Se ha encontrado que los niños hasta los diez años, "colaboran" con ciertas tareas como son el cuidado de sus hermanos y la realización de mandados fuera de la casa. Pero, por lo



Archivo fem

general, después de los once o doce años las madres dejan de pedirles ayuda y ellos empiezan a adoptar el patrón del padre, usando la casa principalmente para descansar, ver televisión y dormir. Con las niñas sucede lo contrario, ya que cuando crecen incrementan sus responsabilidades domésticas. Entre los 12 y los 14 años dedican a estas tareas dos horas y media más que las niñas de siete a 11 años. Si van a la escuela, tienen que hacer la tarea al mismo tiempo que cocinan, planchan o cuidan a sus hermanos. Cuando la madre trabaja fuera del hogar o está ausente, las responsabilidades de las niñas en el hogar son aún más significativas, ya que tienen que suplirla en sus responsabilidades.

Como resultado de lo anterior, las niñas tienen que restringir la mayor parte de su tiempo libre a ayudar a su madre y para ellas la calle es sólo un lugar para transitar a otro espacio cerrado (escuela, tienda, casa de amigas o familiares, iglesia, etc.). Por lo general, el espacio público no es lugar para las niñas, tienen la posibilidad de incursionar libremente en él y, aún más, entre más grandes son, el uso de la calle disminuye.

Los niños, en cambio, utilizan la calle intensivamente, cuestión que aumenta en la medida que crecen, llegando a permanecer en ella alrededor del 50 por ciento de su tiempo libre. Para los niños la calle es punto de juego, encuentro y libertad, y en ocasiones, tiempo de transgresión, peligro y desvío.

El uso de la libertad que damos a los hijos e hijas también presenta diferencias de género. En la medida que crecen, damos mayor libertad a los varones y tenemos un mayor control sobre las mujeres. Pareciera que queremos cuidarlas mucho para que nada les pase, una coartada justificatoria para tenerlas cerca y abatir nuestra soledad.

Con respecto a la educación formal, la investigación de UNICEF ratifica que en las familias se privilegia al niño cuando hay que decidir quién permanece en la escuela, pues se considera que él será el responsable del sostenimiento de su familia, en tanto que se piensa que la niña será mantenida por el futuro esposo, por lo que hay que adiestrarla principalmente en el trabajo doméstico.

Es un hecho que en la mayoría de los hogares a los niños se les prepara para ser futuros jefes de familia y a las niñas para que se constituyan en mujeres de hogar, servir dentro de la casa y someterse a la autoridad patri-

arcal. Pareciera que las madres educan a sus hijas de tal forma que las oportunidades en entornos de pobreza no les permite ver la posibilidad de una vida diferente para ella y para sus familias. Esta forma de pensar se transmite a las hijas, de tal forma que ellas no llegan a vislumbrar que pueden tener oportunidades para construir una vida propia, mejor que la de sus madres y que pueden cambiar el rumbo del "destino manifiesto" que la sociedad ha creado para ellas.

Por otra parte, tenemos a la escuela. Para los niños y niñas marginados representa la única oportunidad de educación, recreación y capacitación a la que pueden aspirar. Pero en ella, aunque formalmente se da un trato igualitario, la diferenciación entre niñas y niños se presenta todos los días, en cómo se ubican en los pupitres del salón de clases, en la distribución de actividades tales como pasar al pizarrón, tomar la palabra, leer en público, etc., donde el maestro o la maestra, independientemente de su género, da preferencia a los niños. A las niñas se les asigna con mayor frecuencia la limpieza y arreglo de espacios escolares. A ellos se les estimula a continuar estudiando, mientras que el personal docente, a pesar de ser primordialmente femenino, olvida por completo que las mujeres también tienen derecho a desarrollarse desde un punto de vista escolar.

Además, muchas niñas y niños tienen que dejar la escuela por cuestiones de pobreza. Los niños lo hacen por razones netamente económicas, pero en el caso de las niñas a ellas se suman razones de orden cultural ya que muchas de ellas son retiradas de la escuela cuando la familia considera que su educación ya es suficiente para cumplir con el rol tradicional que la vida les tiene destinado. Cuando las niñas crecen, se incrementan sus responsabilidades domésticas y más dificultades tienen de continuar en la escuela, hasta que tienen que retirarse de ella por completo.

El estudio también manifiesta que, cuando las madres orillan a las niñas a dejar la escuela por pensar que sólo se dedicarán a su casa, muchas de ellas olvidan su propia experiencia de vida, como responsables o colaboradoras en conseguir el dinero para el sustento de la familia.

Y así, con multitud de prácticas, las mujeres contribuimos a reproducir la desigualdad, olvidando por completo nuestra historia, y cerrando muchas oportunidades de desarrollo para nuestras hijas y para nuestras alumnas. 